en maitines los religiosos oían azotarse los indios allá fuera y alababan a Dios en ver su aprovechamiento. A los templos y a todas las cosas consagradas a Dios tienen gran reverencia. Y se precian los viejos, por muy principales que sean, de barrer las iglesias. En el pueblo de Toluca, el primero señor que se bautizó, a quien el marqués de el Valle puso nombre, llamándole don Fernando Cortés, y que en su juventud había sido muy valiente y esforzado, acabó sus días continuando la iglesia y barriéndola como si fuera un muchacho de la escuela. Cuando entendieron los indios qué cosa era excomunión, concibieron grandísimo temor de ella. Si acontecía a algunos mozuelos reñir en el cimenterio (que entre indios ya hombres pienso nunca ha acaecido), luego venían de conformidad hechos amigos a pedir absolución. Finalmente, no hay cosa que pertenezca a la iglesia, ministerio y ceremonias de ella, en que los indios no se hayan mostrado más devotos y religiosos que otras naciones. De donde bien se puede colegir que en efecto son cristianos de veras y no de burla, como algunos piensan.

CAPÍTULO VII. *De la solemnidad con que los indios celebran las pascuas y fiestas principales; y de las procesiones ordinarias que hacen*

AS PASCUAS Y FIESTAS DE NUESTRO SEÑOR y de su madre y de las vocaciones principales de sus pueblos celebran los indios con mucho regocijo y solemnidad; adornando para ello cuanto a lo primero, sus iglesias muy graciosamente con los paramentos que pueden haber, y lo que les falta de tapicería suplen con muchos ramos, hojas y flores de diversos géneros que las produce esta tierra en abundancia, muy diferentes de las de nuestra España, y de las traídas de allá hay rosas adonde quiera que las plantan; y acaece coger algunas en cualquiera tiempo del año, como las he visto yo por el mes de octubre, y en noviembre clavellinas; y hay tantas que no sé si de alguna flor se hallará tanta copia en alguna parte del mundo; y no es menester ponerlas en macetas, ni guardarlas del frío, porque los patios y huertos de las iglesias están llenos de ellas; y nunca en el invierno se hielan, y así se hallan por todo el año. De trébol están llenos los campos, y la yerbabuena (que no la había) se ha multiplicado en gran manera.

Estas yerbas olorosas, juntamente con espadañas y juncia, sirven para tender por el suelo, así de la iglesia como de los caminos por donde ha de ir la procesión; y encima de las yerbas van sembrando flores. Estos caminos de la procesión tienen enramados, de una parte y otra, aunque a las veces anda un tiro de ballesta y más. Hacen del camino o calle, por donde pasa la procesión, tres calles, la de en medio más ancha, por donde van las cruces, andas y ministros de la iglesia y el demás aparato de la procesión, y por las calles de los lados, por la una van los hombres y por la otra las

mujeres, aunque ya no se guarda esto comúnmente después que españoles se estremeten en las procesiones. Estas calles se dividen, o con arbolillos hincados en el suelo o con una arquería de arcos pequeños, de un estado poco más o menos, cubiertos de ramas y flores, de diversas maneras y colores. Procesiones ha habido del Santísimo Sacramento, en que se contaron más de mil arcos de éstos, porque se contaron una vez (que se pusieron en ello) mil y setenta, y las flores y rosas que por todo ello había, se tasaron y juzgaron por los frailes y seglares españoles en dos mil cargas, que es cosa notable.

De trecho a trecho hacen sus arcos triunfales y en las cuatro esquinas que hace el circuito de la procesión levantan cuatro como capillas, muy entoldadas y adornadas de imágenes y diversas flores con su altar cada una, donde el sacerdote diga una oración; y después de dicha, por vía de descanso y entretenimiento, sale una danza de niños bien ataviados al son de algunas coplas devotas o motetes, que juntamente con los ministriles cantan los cantores. Otra capilla como éstas se hace a la salida del patio, enfrente de la puerta de la iglesia, que es el primer paradero o descanso de la procesión, en la cual van otras danzas y bailes que causan mucho regocijo, aunque no mezcladas, sino apartes donde no quiten la devoción del canto y la decencia de las cruces y andas, que en los pueblos grandes son muchas, porque demás de las que tiene la cabecera traen las de las aldeas o pueblos sujetos, a lo menos por las procesiones del Corpus Christi y de las fiestas del santo, cuya vocación tiene la iglesia principal; y entonces salen también los oficios, cada uno con su invención en sus carros; y en algunas partes en tablados, a trechos puestos, suele haber algunas representaciones de pasos de la Escritura Sagrada, que todo ayuda para edificación del pueblo y aumento de la solemnidad de la fiesta, en cuyo principio (que es a la hora de las primeras vísperas) se comienzan a levantar los espíritus con el ruido de la mucha música de trompetas y atabales, campanas chicas, grandes y medianas, chirimías y otros instrumentos que se tañen encima de las bóvedas o azoteas de la iglesia, levantadas en lo alto banderas y pendones de seda, que tremolando dan contento a la vista, cercada por el almenaje o coronación la iglesia, con pinturas de letreros, a manera de romanos, labrados de flores de muchas maneras y colores.

Las vísperas, en los tales días, siempre se cantan en canto de órgano, diferenciando los instrumentos musicales con la solemnidad que se pueden cantar en cualquiera iglesia catedral. El sacerdote sale a comenzarlas muy acompañado de acólitos, todos indios pequeñitos, vestidos todos de opas coloradas y sobrepellices, y otros con roquetes labrados, hasta en pies, y en las cabezas diademas, o coronas, también labradas de pluma, con sus penachos; y los seis de ellos (y a veces ocho) llevan en las manos ciriales muy bien hechos y dorados. La gente está con mucha devoción puesta de rodillas, levantándose al fin de cada psalmo, para inclinarse al *Gloria Patri;* y desde que comienza la *Magnificat,* hasta el fin de las vísperas, con velas encendidas de cera blanca en las manos. Acabadas las vísperas vuelven a repicar y tañer en las azoteas o terrados de la iglesia brevemente, como

regocijándo la gente que sale de la iglesia; y lo mismo hacen más largamente a la hora de las completas y después al tiempo de la *Ave Maria*. Acabados los maitines, a las dos o a las tres de la mañana, ya están aparejados en el patio de la iglesia los que han de comenzar el baile a su modo antiguo, con cánticos aplicados a la misma fiesta (como en otra parte decimos), porque ésta era la principal ceremonia de sus festividades; en las muy solemnes comiénzanlo en la manera dicha. Antes del alba, por denotar la gran solemnidad de la fiesta, y cuando tañen a prima, suspenden el baile hasta que se acabe la misa mayor, y entonces es cuando comienza en las menores solemnidades, y en todo el día no cesa, hasta que ya tarde lo van a concluir en el patio de los señores, o más principales del pueblo.

La misa se dice con el aparato posible, y acabada se hace la procesión, si la ha de haber. La noche de la natividad del Señor suelen poner muchas lumbres en los patios de las iglesias, y algunas en los terrados de sus casas (como en otra parte dijimos) y como son muchas las casas y van en algunas partes extendidas por más de una legua, parece como un cielo estrellado. Los maitines de aquella noche y misa del gallo por ninguna cosa los perderán, y si aguardan a abrir la iglesia cuando ya ha llegado el golpe de la gente, corre peligro de ahogarse alguno con el ímpetu que entran para tomar lugar; porque, como no pueden caber todos en la iglesia, por grande que sea, quedan muchos fuera en el patio y allí se están de rodillas, como si estuviesen dentro de la iglesia, hasta que dichos los maitines sale un sacerdote a decirles misa en la capilla del patio; y esto ya no es generalmente, aunque lo ha sido hasta aquí, porque el gentío, en muchas partes, no es tanto.

En la iglesia tienen hecho, para aquella noche y días siguientes, hasta el de los Reyes, un portal y pesebre que representa al de Belén, con el niño Jesús y su madre y San Joseph y los pastores, y en algunas partes con tanta curiosidad que tienen harto que ver los españoles, y a unos y a otros pone mucha devoción. La fiesta de los Reyes también la regocijan mucho, como propria suya, en que las primicias de las gentes o gentiles salieron a buscar y adorar al Señor y salvador del mundo, y representan el acto de el ofrecimiento; y en otros días tales, en que se hace memoria de semejantes pasos de nuestra redempción, también los representan.

En la fiesta de la Purificación o Candelaria todos traen sus candelas a bendecir; y después que con ellas han andado la procesión, tienen en mucho lo que les sobra y lo guardan para sus enfermedades y para truenos y rayos y otras necesidades, a la usanza de nuestros españoles; y como no les bastan siempre, entre año piden candelas benditas, en especial para el tiempo de su muerte. El Domingo de Ramos adornan, con particular cuidado, las capillas de fuera de la iglesia, adonde se bendicen ramos, porque goce todo el pueblo de aquel acto, y el lugar de la procesión muy aderezado. Y porque sería imposible repartir ramos a tanta gente, cada uno trae de su casa ramos, de los árboles que les parece o pueden haber; unos palmas traídas de tierras calientes; otros olivas (que ya las hay casi en todas partes) o ramos de otros árboles adornados con rosas, y de ellas hacen también

cruces, asentadas en los ramos, blancas y coloradas y de otras colores. Y como están todos en pie al tiempo de la bendición y todos con ramos levantados en las manos y enrosados, parece un muy gracioso jardín o floresta deleitosa todo el patio. Yo puedo decir, con verdad, que la cosa más agradable a la vista que se puede ofrecer fue ver en la ciudad de Tlaxcalla, en tiempos pasados, dos patios que tiene la iglesia muy grandes, uno alto, que está al parejo del suelo de la iglesia y convento, y otro bajo (adonde bajan por una real y bien artificiada escalera, de dos andenes o divisiones al principio, que la divide una capilla chica, que está luego en lo alto de la vocación de Santa Ana y es como la de Araceli en Roma); patios y escalera todo lleno de gente apeñuscada con sus ramos en las manos, en tal día como el Domingo de Ramos, que parecía al Valle de Josaphat, acabado el juicio y despedidos y echados al infierno los dañados, y que los justos, con victoria y triunfo, estaban a punto para entrar en la gloria con el juez soberano. Pues ver cuando anda la procesión, la priesa con que algunos indios principales van tendiendo por el suelo sus ricas mantas (que les sirven de capas) y mucho más las indias, que en más crecido número tienen sus cobijas blancas de lienzo que les sirven de mantos, sin reparar en que son muchas nuevas y de valor, para que el sacerdote y sus ministros, que representan a Cristo y sus apóstoles, pasen por encima; y son tantas que toda la procesión van sobre ellas. Y por otra parte ver encima de los árboles, que están de trecho en trecho, en la procesión, los niños cantando: *Benedictus qui venit in nomine Domini: Osanna in excelsis*, y arrojando flores a la imagen de Cristo nuestro Señor que va sobre una asna que representa el misterio de cuando entró en aquella ilustre ciudad de Jerusalén; y en esta ciudad y otras partes va debajo de palio, con mucho acompañamiento de cera encendida. ¿Qué pecho cristiano habrá que deje de derretirse en lágrimas de devoción? Y como tras esto sigue el cantar la pasión, represéntase bien, al natural, la diferencia tan grande que hubo del recibimiento que los judíos hicieron a Cristo nuestro Señor cuando entró tal día en esta ciudad de Jerusalén, a la procesión con que el viernes siguiente le llevaron a crucificar al Monte Calvario. Los ramos de este día los guarda cada uno en su casa, y dos o tres días antes del miércoles de la ceniza, traíanlos ante la puerta de la iglesia, mas como bastan algunos pocos, los sacristanes los recogen ahora y hacen de ellos la ceniza; y el que no la recibe aquel día le parece que no es del número de los cristianos; y aun en algunas partes se da por todo el día y hay concurso de gente muy grande; y en otras se vestían, aquel día, los hombres y mujeres de negro por entrar como en vigilia de la pasión del Señor y se abstenían de las proprias mujeres; más en estas costumbres buenas y santas de supererogación y consejo, que cobraron al principio de su conversión y aun en otras de obligaciones, mucho han perdido ya en estos tiempos.

El Jueves Santo, con los dos días siguientes, acuden a los oficios divinos como en días principales; y en esta parte de Santiago guardan la costumbre antigua que enseñaron los primeros evangelizadores de estas gentes, vistiéndose de negro dos docenas de doncellas chicas y grandes, las cuales,

desde que el jueves se encierra el Señor, hasta el viernes que ha pasado la procesión de la soledad, asisten a los oficios divinos y guarda de monumento y lavatorio de pies, cubiertos los rostros con las cobijas que les sirven de mantos; y así están en todas las cosas de representación del día, puestas en dos rengleras que causa mucha devoción. Y porque las procesiones de disciplina y de la mañana de la Resurrección que hacen estos indios de Mexico y Tlatelulco, requieren particular capítulo y de ellas se entenderá lo que usan los demás pueblos, cada uno según su posible, concluyó éste con decir que para hacer el monumento no tienen que desvelarse los frailes, ni para que buscar paños, ni tapices, ni otros atavíos; porque en cada pueblo de indios, los que lo gobiernan, alcaldes, regidores y principales, por sus proprias personas, con la gente que es menester, tienen este cuidado y lo componen y aderezan, que es para alabar a Dios, y lo adornan de cera gruesa muy abundantemente, aunque valga muy cara, en que parece que no son como los moriscos de Granada, como algunos los han querido notar.

La ceremonia de el lavatorio de los pies el Jueves Santo, hay en este Tlatelulco costumbre muy loable que la hace una persona particular cada año, trocándose una persona uno, y otra otro, y es de esta manera: poco antes que entre la Cuaresma, la persona que por su devoción está movida a hacer el gasto de esta santa ceremonia, convoca alguna gente de sus deudos y amigos, y con su comunicación vienen al convento y piden con mucha humildad sea digna de hacer el gasto de la dicha ceremonia y lavatorio. Y habido el beneplácito del guardián comienza a disponer las cosas y recoger lo necesario para el día, en cuya tarde se adereza muy bien el lugar donde se ha de hacer; y pónese a un lado la figura de Cristo señor nuestro, lavando los pies a sus discípulos, y a otro una mesa con manteles y todo lo necesario para una comida. Sale el diácono revestido y frailes, como es costumbre en procesión, con cruz delante; y acabado de cantar el evangelio, tienen a punto doce pobres escogidos, los más lisiados, y está allí el agua caliente, sembrada de rosas olorosas, en tres lebrillos puestos en el lugar donde han de lavar con tres toallas nuevas; y asentados los pobres les van lavando los pies el guardián y otros dos sacerdotes que le ayudan; y como se van levantando los van vistiendo una ropa nueva de la que ellos usan. Hecho el lavatorio se van a la mesa, donde les preside el guardián que está en lugar de Cristo nuestro redemptor, y hace una breve plática, trayendo a la memoria el lavatorio y cena del Señor que allí se representa, y el ejemplo que nos dejó de humildad y caridad y les dan de comer muy larga y aventajadamente; y es tanta la comida que sobra para muchos; y de estos vasos con que aquí sirven a la mesa no vuelve ninguno a poder de su dueño. Y los lebrillos y toallas se meten en el convento, porque es limosna que hace la persona que hace el gasto de este lavatorio; y suelen ser dos y tres los que suelen encontrarse en esta devoción y deseo; pero dásele de ordinario al que primero vino, y de un año para otro queda arraigada la devoción y movidos muchos ánimos, con santa emulación y envidia para hacer otro tanto el que viene.